



DINASTÍA

La pugna por el liderazgo socialista se ha convertido en un conflicto de legitimidades, en un pulso dinástico

EL ambiente se ha vuelto de una densidad eléctrica en el interior del PSOE. La incertidumbre del resultado del congreso federal ha tensado el sistema nervioso de una organización colapsada. Enconada por la rivalidad de los aspirantes, la pugna por el liderazgo se ha convertido en un conflicto de legitimidades, en un pulso dinástico. La estirpe tardofelipista, la de los herederos de Suresnes, contra la progenie de Zapatero. La socialdemocracia barbuda del viejo aparato de los *patas negras*, que tiene un concepto patrimonial del partido, se siente amenazada por el linaje posmoderno de un zapaterismo con faldas. Han salido a relucir viejos agravios, deudas de clanes y hasta el fantasma de los «brujos visitantes» de La Moncloa, aquella *beautiful people* que hizo negocios protegidos por la sonrisa de la Gioconda. Ya no se trata de una disputa de poder interno sino de un cisma familiar en el que se ventila la hegemonía de un modelo.

La paradoja del caso es que Carmen Chacón, que es un bebé-probeta de Zapatero, una criatura política incubada en el laboratorio del expresidente, ha logrado posicionarse como referencia de renovación y escapar indemne del naufragio zapaterista. Rubalcaba partía con la relativa ventaja de controlar los restos del aparato orgánico pero se ha visto cargado con el peso de su propia carrera y lastrado por la reciente derrota, de la que su adversaria parece haber salido inmaculada. El *shock* del descalabro electoral está deshilando el cordón umbilical que unía la placenta del PSOE con la tradición gonzalista. El golpe de los coroneles, el *putsch* que obligó a ZP a declinar el poder a favor de la vieja guardia, se ha empezado a volver contra sus promotores en medio de un clima de ruptura. Y el recién desahuciado inquilino de La Moncloa tal vez esté en condiciones de ganar contra pronóstico una batalla póstuma.

La contundencia del fracaso de noviembre impide a Rubalcaba ajustar cuentas completas con el zapaterismo y le obliga a asumir una corresponsabilidad de la que se ha evadido Chacón, blindada con mimo por su mentor a lo largo de toda su trayectoria. La candidata catalana ha aglutinado una alianza de dirigentes cohesionada por un vago izquierdismo de nueva planta y la voluntad común de cortar el histórico nudo gordiano felipista. En un congreso abierto, de voto secreto, esa coalición es capaz de alzarse con el triunfo frente al antiguo orden encastrado en el partido como una dinastía. Ya ocurrió hace un lustro en Francia, cuando Segolène Royal pasó por encima de los *elefantes* mitterrandianos. Y significativamente le apodaron *la Zapatera*.

Por eso los partidarios de Chacón hablan de un nuevo Suresnes. Quieren derrocar de una vez los vestigios hegemónicos de González. El duelo es trascendente aunque carezca de debate de ideas; se decide el modelo de la izquierda española más allá del control de un partido hecho trizas.